



Cada tarde, D. Antonio

A la hora de escribir "El regreso", sólo un puñado de palabras donde quería cantarse la alegría de volver a las cosas propias, el poeta -el viajero- aunque sin atreverse al egoísmo de la anécdota personal, pensaba en las tardes de don Antonio. Era una pequeña fiesta la del encuentro, si bien con la sobriedad del talante leonés, huidor de las palabras querenciosas.

Durante años largos que ahora, Dios mío, quisiéramos alargar mucho más, la última hora de cada tarde solía congregarnos en una cita que nos curaba de la brega de todo el día. Era "la biblioteca de don Antonio", como llamábamos para nosotros la noble institución que él dirigía. Allí tenía el maestro su plaza fija, su pupitre nada alto, casi a ras de quienes iban a hablarle. Hubiera podido ser isla guardadora de una cierta independencia para su propio quehacer intelectual, pero él la quiso lugar de comunicación y de entrega generosa, sabedor de que los libros valen mucho, aunque no tanto como el hombre mismo. A veces confesionario o consultorio sentimental, o sitio de escucha paciente para las inquietudes aún tímidas y ruborosas del aprendiz de escritor.

Cuando en la vecina torre de la catedral caía la primera campanada de las ocho, don Antonio daba una palmada, quizá fueran dos, y ya salíamos los amigos calle adelante, sin duelo de las anochecidas heladoras como a disfrutar de los atardeceres suaves. Él sabía hablar de ciencias muy altas pero en realidad hablaba de todo, hasta de lo más insignificante en apariencia, que debe ser lo propio de los sabios de verdad. También podíamos callar largamente, esa facultad; ese derecho que sólo pertenece a los amigos.

Cualquiera podía seguir al minuto de cada tarde el pasear fijo de don Antonio, desde Sierra Pambley al confín de Papalaguinda, de la Plaza de Toros al recogimiento del hogar. En hora podían ponerse los relojes a su paso. Y todos -aunque sin pensar en ello, que así es la pena y la gloria de la costumbre-, sentían que la ciudad era completa y bien hecha con la figura familiar del cura, con aquel su andar entre indolente y seguro, el cigarro en la boca, la noble frente, el mirar amigo.

Sin darse cuenta: El guardia de la calle Ancha, los morosos paseantes de Botines, las mozuelas de Ordoño arriba y abajo, las gentes junto a los cristales de los cafés. Lo veían. Era algo consabido, un suceso invariable, justo y armonioso. Pero no, nadie se paraba a pensar en ello, como no pensamos cada mañana -salvo que un día no amaneciera- en que Dios nos ha querido dar la luz.

Sólo ahora nos vamos a dar cuenta, ahora sí, esta tarde, todas las tardes...

Antonio PEREIRA